

Latinoamérica, se tendrá un ejemplo de lo que era el mundo libre en esa amplia base. Muchos de esos países han cambiado, generalmente por revoluciones populares: otros siguen igual y algunos se han incorporado. Todo el subconsciente americano, con alguna —y amenazada— excepción, forma hoy parte de Occidente y es esencialmente distinto a cualquier noción de "mundo libre".

Sin embargo, el arma antisoviética sigue siendo utilizada, incluso aumentada de proporción con la llegada de Carter y su encomiable obsesión por los derechos humanos. Hasta convertirse en la cuestión principal, primero de Helsinki y ahora de la revisión de Helsinki que se realiza en Belgrado. La Unión Soviética se encuentra ahora seriamente vulnerada por la cuestión. La multiplicación de "disidentes" dentro del país, las actividades de los que pueden salir a Occidente, están estimuladas por esta cuestión. En Moscú se cree firmemente que la disidencia política de los "liberales" está alentada por agentes de la CIA y de la OTAN, y subvencionada con fondos muy fuertes de los Estados Unidos. La mayor parte de estos combatientes interiores —que ejercen un auténtico heroísmo cívico— está amparada por el tema de los derechos humanos más que por críticas de la estructura del régimen. La nueva Constitución de la URSS ha sido redactada teniendo en cuenta esta cuestión, y se ha promulgado con el tiempo preciso para llegar a Belgrado; pero no ha conseguido la URSS darle una apariencia suficientemente convincente y ha defraudado. Tan inquieta está la URSS con esta resurrección del gran tema de la guerra fría que algunos países europeos, incluyendo a Alemania Federal —que es probablemente el más antisoviético de todo el bloque—, han intentado contener a Carter en su cruzada. No parece que hayan tenido demasiado éxito. Carter ha declarado: "Estimamos que un examen completo (de la cuestión de los derechos del hombre) debe ser el elemento central" de la Conferencia de Belgrado.

El interés de los países europeos en que prograse lo que se ha llamado "el espíritu de Helsinki" es el mismo que hace dos años, como lo es el de los países de la órbita del Pacto de Varsovia. Es decir, tratan de profundizar en la reducción de las tensiones, y su filosofía es perfecta: puesto que estamos condenados a vivir en paz (condenados por el "equilibrio del terror", por la imposibilidad de dirimir las cuestiones en una guerra que sería mortífera para todos), hagamos de esa condena algo positivo. La voz cantante de esta filosofía la llevan las naciones con-



Los dos años transcurridos desde la Conferencia de Helsinki son muy pocos para ver un progreso real en la reducción de la tensión entre los mundos capitalista y comunista. Sobre estas líneas, aspecto de una de las sesiones de Helsinki.

sideradas neutrales o no alineadas: Austria, Chipre, Finlandia, Liechtenstein, Malta, San Marino, Suecia, Suiza, Yugoslavia, que forman un bloque propio y que realizan consultas habituales entre sí.

En los otros aspectos, el balance de los dos años transcurridos no es más positivo que el de esta "tercera cesta". Los conflictos militares en diversos puntos del globo siguen existiendo, y siguen siendo el haz de incidentes fronterizos a escala mundial entre la URSS y los Estados Unidos, con la intervención de otras potencias como peones. Las cuestiones de

desarme siguen siendo tema exclusivo de las relaciones bilaterales entre la URSS y Estados Unidos. No estamos cerca de la desaparición consentida y mutua de los dos grandes organismos militares, la OTAN y el Pacto de Varsovia: no sólo por razones de preocupación de guerra, sino porque cada una de las dos cabezas visibles —Estados Unidos y la URSS— siguen utilizando los tratados como instrumento de cohesión en el interior de sus bloques y como sistemas de fortalecer sus alianzas. No estamos cerca de la reducción de presupuestos militares

en los países europeos, y las conversaciones generales sobre armas estratégicas alcanzan algunos aspectos positivos, pero no definitivos. En todo caso, el tema militar se escapa a las posibilidades de la Conferencia: sigue estando dominado por los cabezas de serie.

En cuanto a los posibles acuerdos económicos, siguen siendo materia de disputa visible o invisible entre los distintos países: cada uno de los occidentales trata de obtener las mejores ventajas en sus relaciones con la URSS y con los otros países comunistas. La visita de Brejnev —convertido ya en Jefe de Estado soviético, además de primer secretario del partido— se ve con celos y desconfianza por parte de los demás.

Ciertamente que los dos años transcurridos desde la Conferencia de Helsinki son muy pocos para ver un progreso real en la reducción de la tensión que lleva años imperando entre el mundo capitalista y el mundo comunista —desde la misma revolución rusa de 1917—, y que la misma existencia de esta gran asamblea es en sí un hecho positivo. El rarismo del examen de la situación no debe impedir que se consideren sus aspectos positivos, y que se trata de que el "espíritu de Helsinki" llegue a ser más significativo de lo que es ahora. ■

Como en los viejos tiempos

Culto al partido y a Brejnev en la URSS

JUAN ALDEBARAN

La redacción de la nueva Constitución Soviética y el nombramiento de Leonidas Brejnev como presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS (Jefatura del Estado) sin abandonar su cargo de primer secretario general del partido, son hechos simultáneos de una misma determinación política que ha definido el propio Brejnev en su breve discurso de clausura de la sesión de verano del Soviet Supremo: el refuerzo al papel preponderante del Partido Comunista de la Unión Soviética. "De acuerdo con el esquema básico de la Constitución soviética, el Partido Comunista, como partido dirigente, ha determinado y seguirá determinando las líneas políticas básicas para resolver las cuestiones capitales de la vida del Estado". Ciertamente que el PCUS no ha dejado de desempeñar siempre

este papel de dirección y de dominio, pero cierto también que en varias ocasiones se ha intentado una mayor "división de poderes" en el seno del aparato directivo del país. (Ver "La nueva Constitución soviética", en el número anterior de TRIUNFO.) El partido, a su vez, devuelve a Brejnev su amor: es bien correspondido. "Leonidas Brejnev goza de la infinita confianza y amor del Partido Comunista de la URSS y de todo el pueblo", escribe la agencia Tass, que le coloca en el Olimpo de los absolutamente grandes, tallado en la misma "madera de Lenin", un hombre "a cuyo nombre vinculan estrechamente sus aspiraciones y sueños muchos millones de seres". Los elogios de Suslov en el Soviet Supremo al proponerle para el cargo (propuesta largamente conocida de antemano y, natural-

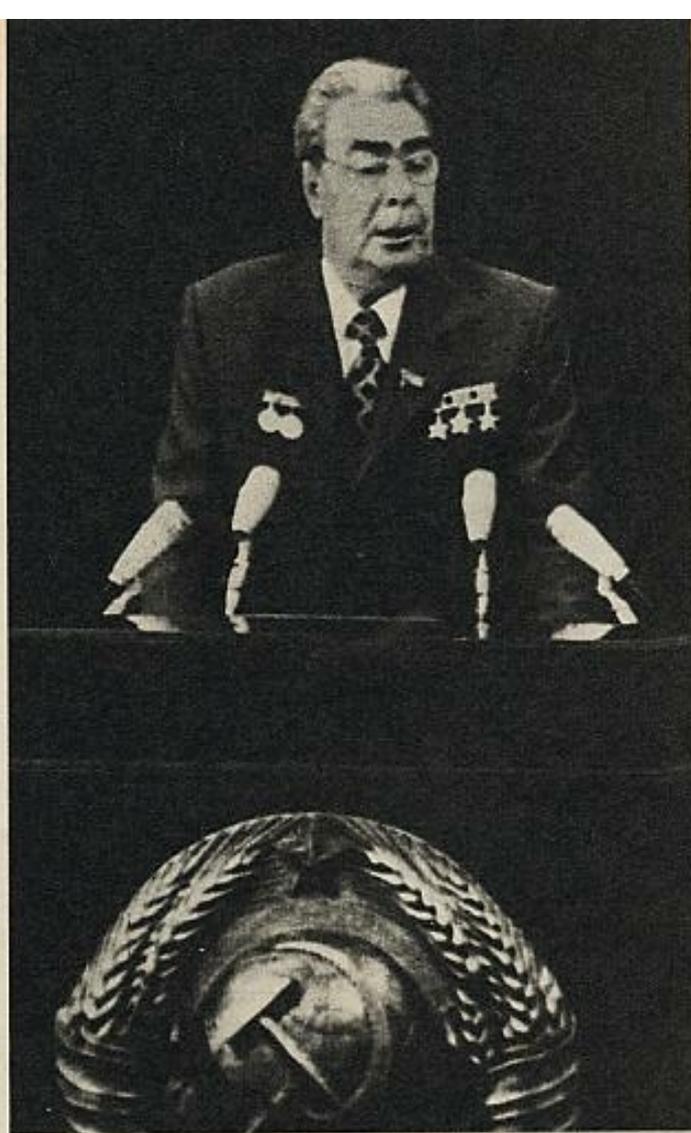
mente, aceptada por unanimidad) han sido vibrantes y apasionados.

Volvamos al principio: hay dos hechos simultáneos con un mismo significado. La URSS vuelve a consagrar la supremacía del partido, entregando a éste la Jefatura del Estado (a la que la Constitución y los reglamentos nuevos dotan de más poder del que tenía), y el culto a la personalidad reaparece en plena fuerza. ¿Un salto atrás? En varios aspectos, una respuesta. La campaña de revisión de las doctrinas políticas de la URSS, dentro de ella, ha alcanzado límites peligrosos. Los disidentes han causado más miedo en el seno de la dirección del país de lo que representa su verdadera fuerza. Es una constante de este tipo de regímenes cerrados, y en la URSS es incluso una paranoia: el miedo del elefante al ratón. Sin

Culto al partido

duda porque los bolcheviques fueron ratones en el Imperio de los Zares elefantes, y saben cómo puede crecer un enemigo pequeño cuando la situación está degradada. Fue este pánico a la disidencia el que creó la larga tragedia de las depuraciones stalinistas: prisión y sangre —con la abundancia que fuera necesaria— a los revisionistas, a los desviacionistas; a los disidentes. Todo ello está descrito en las recientes historias del régimen, a partir de la desestalinización. Todo ello ha sido pallado después. Pero los disidentes de dentro y los arletes de fuera que esperan la brecha interior para penetrar han sido respondidos por esta Constitución que consagra al PCUS y por este nuevo culto a la personalidad. Al mismo tiempo, la Constitución sirve para presentar en Belgrado un "modelo de democracia" y a Brejnev como el moderado que es capaz de crear un sistema de coexistencia internacional y una posibilidad de convivencia mejor dentro de la URSS.

El "culto a la personalidad", o el sistema del hombre fundamental, parece ahora como una premisa inevitable del tipo de régimen soviético. La idea del hombre fundamental como pivote en torno al cual debe girar la vida del país, que es capaz de encauzarla y dirigirla, comenzó a desgastarse velozmente en Europa —en el mundo— al terminar la segunda guerra mundial, por un reflejo curiosamente inverso al pretendido anteriormente, e igualmente falso: la centralización en un solo hombre o en una sola figura de los males que teóricamente terminaban. Los alemanes tenían un interés comprensible en explicar que todo el mal procedía de Adolfo Hitler, como los italianos en que procedía de Benito Mussolini, en lugar de brotar de unas acciones colectivas mucho más amplias. Este reflejo se produjo también en los países occidentales, como una consecuencia de lo que se consideró el triunfo de la democracia: la democracia es el gobierno de todos o la emanación de todos, y, por consiguiente, su cabeza visible no debe ser más que una segregación de todos. Churchill fue derrotado en las elecciones; la muerte de Roosevelt dejó el poder en manos de un hombrecillo oscuro y de perfiles un poco ridículos, Truman, y, en Francia, el gigantesco mito de De Gaulle se desintegró (aunque sirviera, muchos años más tarde, para una resurrección). Quedaba, y quedó durante mucho tiempo, Stalin. En el sistema original comunista no debía estar prevista



Con el nombramiento de Leonidas Brejnev como presidente del Soviet Supremo de la URSS —cargo equivalente a la Jefatura del Estado—, el sistema ha vuelto a su antigua forma.

la glorificación de un hombre: es la corrupción mayor que ha sufrido el invento de Marx (a partir, claro, de la glorificación del propio Marx). Pero Lenin fue ensalzado hasta el deísmo, y su sucesor, Stalin, hasta la locura. El sistema de dictador se había enraizado ya en el gobierno del comunismo de una manera decisiva, y de esta forma iba a cuajar en lo que quizá ha sido el mayor culto a la personalidad de todo este tiempo, el de Mao.

La muerte de Stalin produjo una situación en cierto modo parecida a las caídas de Hitler y Mussolini: la carga sobre una sola persona de todos los errores o todas las injusticias del sistema. A partir de la idea de que Stalin robó a Lenin sus últimas voluntades (Lenin, naturalmente, nunca podía aparecer como culpable) y le cercó en los últimos tiempos, la de que destruyó a Trotsky para quedarse con la herencia. Krutchev, después, gozó del culto a la personalidad: pero era un personaje de antihéroe, había compuesto la imagen del campesino abierto y franco, de un sujeto de estado llano. Naturalmente que el culto al antihéroe es en estructura el mismo del culto al héroe, pero tiene otro estilo. Cayó Krutchev y comenzó a apa-

recer la idea del gobierno gris, de los personajes silenciosos, de la dirección colegial, de la troika. Pero el ciclo se cierra y Brejnev vuelve a ser el personaje olímpico.

¿Es inevitable que sea así? Estamos presenciando un fenómeno curioso: el de la nueva recuperación del protagonismo por parte de los secretarios generales, aun dentro del "eurocomunismo", que debe significar todo lo contrario. Berlinguer o Marchais se izan bravamente sobre todas sus propuestas democratizaciones internas: las personifican, las hacen identificarse con ellas. En España, el fenómeno del "carrillismo" es más peculiar. Se concitan en él una serie de vectores, entre los cuales, con mucha importancia, la misma personificación hecha por sus enemigos de la gran derecha española, la ocasión dada para sus últimas apariciones clandestinas en España. Más la historia de la guerra civil de la que emerge, más su capacidad de supervivencia en las mismas luchas internas del partido. El hecho de que la figura de Carrillo se sobreponga incluso al gran mito del partido, a Dolores Ibarruri, que está pasando prácticamente inadvertida desde su regreso a España —a pesar de su irradiación personal—, debe perte-

necer a este nuevo refugio que el militante encuentra, aquí como allá, en la figura del secretario general.

El "caso Brejnev" no parece tan fácil de identificarse, como se está haciendo desde Occidente, con una habilidad y una capacidad maniobrera del propio gran dirigente. No es un "carrerista" típico, aunque sea un burócrata de primer orden —en el sentido de que conoce perfectamente los engranajes burocráticos complejismos de su país—, ni tampoco tiene el carisma de sus antecesores: no lo tenía antes de su ascenso, no lo ha creado después. Parece más bien que es una consecuencia. Es decir, frente a las tesis de que es él, personalmente, quien ha creado el sistema constitucional para ocupar después, de que ha hecho la legislación y la organización a su medida —caso, por ejemplo, que correspondió exactamente al general De Gaulle; tema del que se acusa en España al presidente Adolfo Suárez—, parece más bien que el gran aparato directivo de la URSS —y, siempre ha sido muy difícil saber en qué parte corresponde al partido y en cuál al Estado o el Gobierno— ha creado todo este sistema y lo ha cubierto con Brejnev. Para, cuando llegue el momento, cubrirlo con otra persona que podría estar ya designada. En Occidente no dejan de producirse los rumores continuos sobre supuestas enfermedades de Brejnev, sobre un agotamiento físico que le llevaría al retiro.

Todo esto son especulaciones menores. Sea el cargo para Brejnev o haya ya algún nuevo secretario general o Jefe del Estado "in pectore", la realidad es que el sistema ha vuelto a su antigua forma. Dentro, naturalmente, de la imposibilidad de repetición que tienen los hechos históricos: nunca más habrá un Stalin, nunca más habrá un Krutchev.

¿Es un mecanismo de defensa? Podría decirse que las posiciones de mando en la URSS y todo el gran sistema elaborado en sesenta años están en una situación crítica y que, lejos de reconocerlo o de buscar salidas nuevas, la gerontocracia soviética prefiere repetirse a sí misma, regresar a su juventud. Y a su triunfalismo.

"Como todos mis compatriotas, considero con certidumbre y con un optimismo inagotable el porvenir de mi patria. Este año es para nosotros particularmente importante: vamos a celebrar el sesenta aniversario de la gran revolución socialista de octubre, vamos a adoptar la nueva Constitución del país. Procedemos a establecer un programa a largo término de desarrollo de la Unión Soviética, que alcanza hasta el final del siglo XX. Estas son palabras de Brejnev a "Le Monde" (16 de junio), como preludio de su visita a París. Optimismo y triunfalismo, como en los viejos tiempos. ■